

DISCURSO DE INCORPORACION A LA ACADEMIA DEL DOCTOR RAMON ESCOVAR SALOM

Acudo ante este recinto a recibirme como miembro de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales con respeto y con modestia. Vengo con presteza y con puntualidad, no con el ánimo ni con el propósito de enseñar nada, sino de aprender constantemente todo cuanto pueda. De mis colegas de la Academia, de las ideas que aquí puedan discutirse y de la estimulante presencia de los recuerdos, rostros, ejemplos y personajes que esta institución acumula.

La Academia de Ciencias Políticas y Sociales fue concebida como un ambiente para el pensamiento político. En el pasado estuvieron identificados los conocimientos jurídicos, sociales y políticos. El deslinde ahora es demasiado claro, extraordinariamente preciso y terminante, como para que pueda haber confusión. En el siglo XIX y en los comienzos del actual la única aproximación a la sociedad era el Derecho. Hoy, otros modos de entender la vida humana colectiva proporcionan instrumentos y material conceptual que sitúan las ciencias jurídicas sólo como uno de los auxilios de la comprensión, del análisis y del examen de la sociedad. La ciencia política no es hoy conocimiento jurídico, ni la ciencia jurídica es necesariamente tampoco análisis político. Como no lo es tampoco ni lo social ni lo económico. La sociología, la psicología, la antropología y otros ángulos para mirar y para ver, analizan la vida social de nuestro tiempo. Una identificación mecánica entre el derecho y la ciencia política le haría daño a ambos conocimientos y desnaturalizaría la función específica de quienes se puedan consagrar a estos propósitos. El conocimiento jurídico está envuelto dentro de una disciplina, de una óptica y de una perspectiva. Y la ciencia política, cada vez más matemática y experimental, trata de analizar hechos sin exponer vaticinios y sin adelantar profecías. El ideólogo del siglo XVIII o del XIX ha quedado esencialmente sustituido por laboratorios en donde en cierto modo se mide y se vivisecciona la conducta de la sociedad.

Una Academia de Ciencias Políticas y Sociales no ha de reducirse, sin embargo, sólo a la contemplación de la sociedad. Su mira es básicamente más alta. En cierto modo la Academia es un centro de recepción de ideas y ha de ser, para que no pierda su naturaleza y su legitimidad, un centro de renovación del pensamiento. El concurso de los juristas como de los otros expertos del conocimiento social es una valiosa contribución para reducir el riesgo inevitable del especialismo.

Las ideas políticas de nuestro tiempo están sometidas a un proceso de oxigenación y de renovación veloces. No es posible, por ejemplo, estudiar y entender el mundo en que ahora estamos viviendo con los instrumentos conceptuales que estuvieron vigentes al final de la Segunda Guerra Mundial.

Una de las más dramáticas exigencias del pensamiento social y político moderno es precisamente ésta: su inexorable necesidad de actualizarse, de ser contemporáneo y de eximirse de la tentación confortable de aplicarle a los procesos sociales actuales los modos de pensar del siglo XVIII o del siglo XIX.

Ha de decirse, con franqueza, que en América Latina tenemos mucho que hacer en este camino. En las universidades como en los ambientes del pensamiento intelectual estamos imperiosamente obligados a un esfuerzo vigoroso por conquistar la actualidad de las ideas y del pensamiento. No se trata sólo de una meta de renovación o de un propósito por conquistar un determinado grado de frescura mental. Es algo más profundo y fundamental. Es casi un método para garantizar la supervivencia.

Me corresponde el honor de ocupar el sillón que dejó vacante por su muerte el doctor Juan Penzini Hernández. Hombre de Oriente y del Llano, temperamento reflexivo y extrovertido, dotado de singular vitalidad física y de indudable curiosidad intelectual, le tocó vivir una de las épocas más difíciles de la historia contemporánea de Venezuela. Nacido en los últimos años del siglo XIX, se formó en una Venezuela que había recortado o amputado parte de su horizonte histórico y que parecía irremediablemente condenada a sustituir los procesos intelectuales por la simple exégesis de los hechos. El conformismo y el pesimismo se identificaron tardíamente con una escuela del pensamiento, la cual, sin exageración, podría llamarse la religión positivista. El positivismo fue, como cualquier otro dogmatismo, un modo de aproximarse a los problemas sociales prescindiendo de la vida y del sentido múltiple de los acontecimientos.

En cierto modo el positivismo en América Latina fue un estado de pesimismo histórico explicable, en la mayor parte de nuestros países, después de los

años de fatiga y de cansancio producido por las guerras civiles y por las conmociones sociales y políticas. En este ambiente creció el joven Juan Penzini, pero a pesar de la fuerza de los hechos no perdió nunca la curiosidad intelectual. Hizo méritos en el foro de los abogados y en el de las letras que lo trajeron a esta Academia en 1950. Sus años de periodista, sus libelos y su acción pública demostraron la capacidad de su temperamento y el vigor de su personalidad. Se estuviese de acuerdo con él o no, sería difícil dejar de reconocer que todo lo hacía con espontáneo ímpetu vital y con voluntad de expresión.

Soy de una generación y de unas ideas muy diferentes a las del destacado venezolano a quien vengo a sustituir en el sillón 23. Pero esto mismo me facilita decir que en la dura Venezuela en la cual él vivió y la cual quiso entender con espontaneidad indudable, fue de los hombres que no desmayó en la idea de la cultura. Entendía que cualesquiera que fuesen sus fracasos, la cultura tiene una autoridad, la cual a la larga se sitúa por encima de la fuerza.

Tal vez en el fondo del drama social de América Latina ha estado dialécticamente presente, con continuidad patética, la contradicción entre la cultura y la fuerza. Aquello que Sarmiento llamaba el conflicto entre la civilización y la barbarie y que en términos más recientes no es más que la oposición entre la ciudad y el territorio, entre el desarrollo y el atraso, entre la pobreza y el bienestar.

Este hombre que ocupó el sillón 23, pasó por años en que Venezuela padeció del mal de la desesperanza, tuvo méritos intelectuales y personales que me obligan a ocupar su puesto con respeto.

Había sustituido él a su vez, al fundador de esta Academia, al doctor José Gil Fortoul. Por conterraneidad y nexos de familia, pero sobre todo por haber sido ávido lector de casi toda su obra intelectual, es para mí un significativo honor venir a sentarme en el sillón que originalmente estuvo destinado a José Gil Fortoul.

En mis años de juventud leí ávidamente sus libros y me familiaricé con su pensamiento. Por ser, durante muchos años, profesor de Derecho Constitucional, no han sido pocas las veces que he tenido que referirme a su obra y a sus ideas. En mis tiempos de estudiante de secundaria como en los universitarios tenía un culto particular por su obra. No oculto que párrafos enteros de la *Historia Constitucional* venían a mi memoria y que

no hubo línea de ese libro que yo no leyera, pesara y pensara muchas veces. El conocimiento de Venezuela lo aprendí sustancialmente en Gil Fortoul. Y no dudo que la *Historia Constitucional* es uno de los mejores libros que se han escrito en cualquier país para entender el pasado y para proyectarlo, con impulso vital, hacia el análisis del presente.

No pocos desconocieron, olvidaron o negaron la obra intelectual de Gil Fortoul. Puede discutirse tal vez su vida política. Pero no cabe duda de que su inteligencia y su pensamiento es de lo mejor que se ha producido en nuestro país.

Admiré en Gil Fortoul, casi desde los años iniciales de mi adolescencia, su vocación universal. Me pareció que la historia aldeana, intoxicada de parroquialismo, no era atractiva, carecía de interés y estaba irremediablemente condenada a la falta de proyección.

José Gil Fortoul formó parte de una generación que volvió a Europa y trató de comunicarse con el pensamiento universal. No trato ahora de analizar de qué manera se aplicó esta vasocomunicación. Con acierto o con error fue una búsqueda, y no me cabe la menor duda de que el intento por situar los acontecimientos políticos e históricos de nuestro continente dentro de las perspectivas universales es el único método correcto y la única aproximación válida.

Los comentarios sobre una idea de gran circulación y de no siempre fácil interpretación me sirven de pretexto y de tema para establecer este primer diálogo con mis colegas de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales. Las ideas que busco expresar no son ni pueden ser dogmáticas. Vengo aquí, ante mis ilustres colegas, como ya lo dije, a aprender y no a enseñar. Y en el momento en que reitero mi gratitud por el honor de que he sido objeto, me parece oportuno por su significación y por sus alcances escoger como introducción a mi actividad académica la excitante materia de la interdependencia de las naciones.

Los países latinoamericanos hemos sido, por necesidad histórica, cultores del léxico de la independencia. La independencia es el punto más alto de motivación colectiva de los países pequeños. Curiosamente, en los últimos años y después de que la crisis energética reveló las formidables contradicciones de la sociedad industrial de nuestra época, el concepto de independencia tiende a ser también manejado por los grandes países. El Presidente de los Estados Unidos ha llegado a bautizar con el nombre de "Independencia" el proyecto más ambicioso que existe de política energética.

Pero la idea independencia ha venido a vincularse a otro concepto cuya importancia y significación tiende a adquirir cada día la mayor influencia.

Gradualmente las sociedades industriales han aprendido a saber que por desarrolladas y poderosas que sean, determinados vínculos las envuelven dentro de procesos más amplios que no pueden subordinarse a las reglas tradicionales de autonomía, autodecisión y suficiencia.

El mundo del siglo XIX como todo lo que va del actual, ha tenido una época de predominio, dependencia y subordinación.

Predominio de los grandes países sobre los pequeños. Dependencia y subordinación de las naciones agrícolas que no habían trascendido el umbral de la sociedad industrial.

Independencia y dependencia son conceptos rígidos, claros, terminantes, unívocos. En cambio, el término de *interdependencia*, es todo lo contrario. ¿Qué es la interdependencia? ¿Es posible la interdependencia? ¿Envuelve la interdependencia factores de predominio? ¿Interdependencia para qué? ¿Interdependencia entre quiénes? Responder a estas preguntas no es fácil. La interdependencia como concepto político y económico puede ser la envoltura histórica de otros sistemas de dependencia. A Venezuela, país de América Latina, nación en desarrollo, solidaria de los procesos históricos que pretenden buscar y encontrar un nuevo sistema internacional, basado sobre un nuevo comportamiento del equilibrio, tiene necesidad de saber el contenido y el alcance de este concepto.

El final de la Segunda Guerra Mundial tuvo características muy distintas, por su ambiente y por su temperamento, al de la Primera. En 1918 y 1919 el mundo todavía respiraba el comfortable aire de seguridad de fines del siglo XIX. El ideal wilsoniano de una paz duradera e idílica reactivó esta impresión. Se pensaba que después del Tratado de Versalles la paz estaría asegurada.

Los estrategas de la paz carecían tal vez del instinto político supremo que permite adivinar las tempestades que comenzaron a anunciarse muy poco tiempo después de terminada la guerra. Los conflictos laborales, las protestas por insatisfacción social, el desempleo y la miseria, así como también las inseguridades monetarias, crearon de inmediato un fermento nuevo que activaría y alimentaría fuerzas hasta ese momento desconocidas.

Benito Mussolini y Adolfo Hitler lograron unificar corrientes heterogéneas mediante un programa también confuso y heterogéneo. Los resentimientos dispersos de las sociedades de Italia y de Alemania, posteriores a la Primera Guerra, se federaron en el Partido Fascista y en el Partido Nacional Socialista.

Ninguno de los dos representó cosa distinta que la frustración social y nacional posterior al Tratado de Versalles. Fueron la respuesta a una ingenuidad y la demostración de que era imposible lograr la paz sin que las proclamas y los principios de Derecho Internacional tuviesen asidero y sustentación en la materia social y en la estructura y complejidad de las economías.

Al final de la Segunda Guerra Mundial se quiso reparar aquella falta de realismo. El trauma de Versalles y de la Sociedad de Naciones estaba demasiado fresco y demasiado presente como para que al pensar en el nuevo orden político y económico internacional no se tuviera en cuenta su lección. La Conferencia de San Francisco que auspicia la creación de las Naciones Unidas y los acuerdos monetarios de Bretton Woods buscan, antes que todo, las seguridades que no proporcionó la Sociedad de Naciones. La frustración de la seguridad de 1918 da lugar a otra que sólo en los últimos años ha comenzado a mostrar su alcance y sus dimensiones.

La arquitectura de la post-guerra se sustenta sobre el equilibrio de las grandes potencias. Después de la derrota de Napoleón también el balance del mundo de la época se fundó sobre lo que se denominó el "equilibrio continental", esto es, un arreglo, un compromiso, entre las fuerzas de poder. El balance de 1945 se diferencia del de 1815 y del de 1918 en que ahora se desarrolla entre puntos de apoyo que no forman parte del marco clásico de las relaciones de poder del siglo XIX ni de las anteriores. Dos grandes potencias, una situada entre Europa y Asia y la otra en el norte de América, son las fuerzas reales del compromiso y de la reestructuración del orden internacional. Se cumplía, así, la predicción de algunos espíritus penetrantes. Uno de ellos había sido el mismo Napoleón Bonaparte quien adivinó, desde el principio, la fuerza inevitable de Rusia. El otro, un escritor francés, Alexis de Tocqueville, quien también había previsto el desarrollo de estas dos potencias continentales destinadas, cada una de ellas, a ser puntos de apoyo del equilibrio mundial.

El esquema de las relaciones internacionales había cambiado. El trauma europeo, el desvalimiento de la economía de la post-guerra, le quitaban a

Europa influencia y significación. Sin embargo, Europa había sido el teatro de la guerra y continuaba como el escenario más sensible de las relaciones de poder mundial.

Una frase repetida por Napoleón muchas veces y recordada en sus tristes días de Santa Elena adquiriría patetismo singular: "Europa se une o se cosaquiza". Tal vez, por eso y por la necesidad de hacerse presente dentro de las nuevas relaciones, los espíritus más clarividentes de Europa se plantean al final de la guerra la necesidad de la unidad. Así nació esa experiencia cargada de sabiduría que se llama la Comunidad Económica Europea, punto de partida de futuras y posibles iniciativas de integración del poder político fundado básicamente sobre las coordenadas y los medios de legitimidad que sólo la democracia puede ofrecer.

Las relaciones internacionales surgidas en 1945 carecen de normalidad. Mejor dicho: crean un nuevo modo de normalidad fundada sobre la mutua desconfianza y sobre la suspicacia permanente. Esta manera de continuar la guerra con otros procedimientos se denomina "guerra fría", esto es, una batalla permanente sin grandes frentes, sin movimientos visibles y sin espectáculos masivos de muerte. Diferentes hipótesis de seguridad se desarrollan. Modos de adivinar al adversario, de penetrarlo, de desestabilizarlo. Se agudizan los sistemas de información que operan a través de los más sofisticados e increíbles mecanismos de inteligencias y de mutua vigilancia. La guerra fría es el capítulo más complejo de las relaciones de poder que surgen después de la Segunda Guerra. Complejidad basada sobre el simplismo de las fórmulas. Un polo del poder cree que su seguridad está amenazada si no desarrolla un sistema de autoprotección que lo defienda de lo que se supone pueda ser la agresión permanente del otro. La respuesta es siempre la misma: cada uno se defiende del dios malo y sobre este principio se desarrollan las relaciones diplomáticas, económicas y políticas.

El orden económico internacional así surgido está forzosamente fundado sobre una simple circunstancia de poder. La economía más desarrollada, la moneda más protegida y más estable, la que representa el sistema económico más poderoso, se convierte en la relación de cambio natural de los negocios internacionales.

Las dos grandes potencias evitan las confrontaciones directas y se exponen cada vez menos a la posibilidad de respuesta de destrucción masiva. Pero los conflictos locales que se producen en parte por la desintegración de los viejos imperios coloniales sirven de nuevo escenario para un tipo de

guerra también diferente. Corea y después Indochina son, esencialmente, los componentes más dramáticos de este cuadro. Más tarde vendrá el Medio Oriente a representar una situación todavía más compleja que todas las anteriores por estar allí presentes factores distintos, algunos de ellos históricos, que hacen explosiva una región que parece destinada a ser el área más exigente de las relaciones internacionales del presente y del futuro.

Después de 1953, cuando fallece José Stalin, arquitecto del orden interno soviético y co-artífice del orden político internacional posterior a la guerra, comienza a definirse, por mutuo interés de las grandes potencias, lo que se denominó "la coexistencia pacífica". No era más, en términos formales, que el reconocimiento del hecho de que las dos potencias del mundo podían convivir y de que no era conveniente para ninguna de ellas el conflicto que conllevaba la destrucción.

Los años posteriores a la coexistencia pacífica están llenos de ingredientes de toda naturaleza y no cabe duda de que constituyeron un paso fundamental para crear las relaciones internacionales que están comenzando a practicarse ahora.

Tres figuras, muy distintas por su origen, por su formación y por su naturaleza, coinciden en un momento determinado para crear un nuevo ambiente a las relaciones internacionales. El Papa Juan XXIII, mensajero de viejos principios pero pregonero de un nuevo tipo de sensibilidad y de comprensión; el Presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy, representante de un temperamento y de un modo distintos de usar la inteligencia política; y Nikita Krushev, Secretario General del Partido Comunista de la URSS y Primer Ministro de la Unión Soviética, agudo político y extrovertido interlocutor, sirvieron, al mismo tiempo y por muy diferentes razones, a los fines del relajamiento de las tensiones internacionales.

Ninguno de los tres se empeñó en propósitos políticos destinados a configurar de manera diferente el orden del mundo. Pero los tres, cada uno a su manera, influyeron en el despertar de una sensibilidad que ninguno de ellos alcanzó a desarrollar ni a culminar.

Por otra parte, la ordenación de los actores en el desarrollo político y económico estaba sufriendo modificaciones. El Estado Nacional, la herencia política más completa de los últimos tres siglos, comenzó a debilitar su poder, su perfil y su privilegio ante la presencia de fuerzas internacionales que desbordaban las viejas demarcaciones. El Estado Nacional, fundado algu-

nas veces sobre las identidades étnicas y otras sobre factores multirraciales o multinacionales internos, empezó a ceder ante el desarrollo de estas nuevas fuerzas, las cuales, hoy, de un modo genérico y no siempre riguroso, se han convenido en llamar transnacionales. Tal vez se quiera significar con esto que su rasgo predominante es la fuga de un centro de gravedad histórico que había sido el privilegio de la configuración política que culminó en Europa y en el mundo con la creación y el desarrollo del Estado Nacional.

Aunque el Estado Nacional continúa siendo el primer actor no es el único. Las ramas, sucursales y diferentes subsidiarias de propiedad de las empresas transnacionales manejan activos por más de doscientos mil millones de dólares, cifra que incluye también aquellas otras corporaciones que en alguna forma son influidas o gerenciadas por ellas. Esta referencia numérica es creciente y no da sino una idea parcial del inmenso poder y de las implicaciones que tiene este hecho en las relaciones políticas y económicas internacionales, así como en los sucesos y desarrollos internos de los Estados.

Este nuevo factor influye, afecta, pondera, por sus efectos, no sólo el orden internacional, sino que se refleja directamente también sobre la política interna de los Estados.

Conjuntamente con esto comienzan a desaparecer las "certidumbres" en el orden mundial. La seguridad de los primeros tiempos de la post-guerra se afloja. Se inicia un proceso de cuestionamiento creciente. En uno de los polos del poder se discute constantemente lo que se denomina los desviacionismos. En el otro centro del poder la sociedad pluralista se interroga, se autoanaliza, se inquiere a sí misma, de modo creciente, sobre los fines últimos del desarrollo histórico y del comportamiento social.

Las inseguridades económicas se extienden en el área interna de las sociedades predominantes y, con mayor dramatismo, en un amplio sector de la humanidad, hasta ese momento sumergido en el sistema político reinante. La última situación va adquiriendo una forma heterogénea y dispersa, pero coincidente en la acusación y en el cuestionamiento del orden mundial.

Esta inmensa porción de gente se cubre con una denominación: El Tercer Mundo, el cual va robusteciendo su influencia política y ha llegado a adquirir, como ahora es patente, una significación que no puede desconocerse y ha entrado a formar parte del cuadro del poder. Estuvo al principio sólo incluido en el esquema de protesta, en el área de insatisfacción; pero en los

últimos tiempos el volumen, la importancia y el peso de su estrategia, entran en el escenario y convierten a estos países en interlocutores viables del sistema político y económico internacional.

La fuerza transnacional de las grandes corporaciones cuyos centros de poder se desplazan sobre las fronteras terrestres producen una respuesta también transnacional: la solidaridad entre países distantes, distintos y heterogéneos. El Tercer Mundo, como fenómeno político, es un hecho esencialmente transnacional y transcontinental. Su alcance desborda fronteras, latitudes, climas, pasados históricos, lenguas, sistemas políticos. Es un esquema natural de comunicación y de solidaridad sin antecedentes, con capacidad para influir y, sin duda, si esta influencia le fuera negada en el ambiente claro de la legitimidad, podría ser también fuerza explosiva, cuestionadora y polémica.

Todo esto ha llevado a una revisión y a un análisis crítico de toda la estructura de los sistemas internacionales vigentes. Se han ido acumulando algunas posibles condiciones para un orden más aceptable. Estas podrían ser:

- 1ª) Eliminación absoluta de la catástrofe nuclear;
- 2ª) No guerras globales que signifiquen un conflicto y enfrentamiento directo entre las dos principales superpotencias;
- 3ª) Evitar el desequilibrio ecológico;
- 4ª) Evitar las quiebras y colapsos económicos;
- 5ª) Prohibición del genocidio;
- 6ª) Eliminación del chantaje nuclear.

Para llegar a esto sería preciso tomar algunas medidas, entre las cuales se mencionan las siguientes:

- 1ª) Evitar el aumento del armamentismo. Prohibición de la proliferación nuclear;
- 2ª) Sustitución de los cambios violentos por los procesos pacíficos de transformación histórica;
- 3ª) Sustitución de las disputas violentas por el arreglo amistoso de las diferencias entre los Estados o los Gobiernos;

- 4ª) Uso más eficiente de los recursos globales;
- 5ª) Aumento del bienestar económico;
- 6ª) Mejoramiento de la calidad de la vida;
- 7ª) Supresión de la disparidad y desproporción en la riqueza entre los países y entre el poder de los Estados;
- 8ª) Protección y avance en la garantía de los derechos humanos incluyendo dentro de éstos el derecho a la individualidad y a la diversidad colectiva, a la diversidad étnica y cultural, así como a la autonomía.

Para lograr este esquema de posible cooperación internacional es necesaria una condición previa: el entendimiento entre las superpotencias. Eliminado el riesgo estratégico, el cual conlleva la mutua destrucción mediante armas nucleares, queda una inmensa superficie de acuerdos y de entendimientos susceptibles de ser explorados dentro de la conveniencia recíproca de las superpotencias. Este entendimiento cauteloso pero creciente no elimina conflictos parciales en diferentes continentes: sólo impide la confrontación directa. De todos modos, no cabe duda, de que el compromiso entre las superpotencias puede traer como consecuencia una mayor posibilidad de arreglo de las controversias locales o parciales.

El compromiso entre las superpotencias es, esencialmente, un proceso bilateral de comunicaciones estratégicas diseñadas para incrementar su mutuo entendimiento y confianza y es también parte esencial de negociaciones a largo plazo sobre la seguridad europea, y, por último, tiene como punto central negociaciones, también a largo plazo, sobre el control de armamentos.

La relación entre las superpotencias tiende a institucionalizarse. Los encuentros del Presidente de los Estados Unidos con el Jefe del Partido Comunista de la Unión Soviética y los intercambios directos entre el Secretario de Estado de los Estados Unidos y el Ministro de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética, han aumentado en estos últimos años y ya comienzan a traducirse, inclusive, en arreglos económicos a largo plazo.

La relación del poder internacional se vincula profundamente al desarme. Pero no es posible, en el estado actual de las negociaciones, esperar excesivos resultados del proceso gradual de conversaciones y de negociaciones a este respecto. El problema esencial es la vinculación entre la seguridad internacional y la seguridad nacional. No están necesariamente en competencia

y oposición los dos intereses. Pueden tomarse medidas destinadas a afirmar la primera sin lesionar la segunda. Es posible que en el campo de la seguridad económica internacional se pueda avanzar construyendo instituciones con un alto grado de profesionalismo a fin de que puedan aumentar y acentuar su autoridad. Un paso preliminar puede ser la mutua aceptación del control de presupuestos militares y del escrutinio cuidadoso de los movimientos de los recursos tácticos y estratégicos de que se dispone. No es éste un proceso fácil porque los medios de control internacional tal vez, en este momento, resultan insuficientes para propósitos tan complejos y exigentes. La seguridad comienza con el conocimiento y con la confianza. La información sobre la voluntad y sobre los propósitos de los polos del poder aumentará el grado de confianza y la seguridad psicológica. El problema del poder es preciso mirarlo con gran realismo.

Por mucho que se avanzara en el entendimiento entre las dos superpotencias, éste no sería históricamente posible sino dentro de un contexto más amplio. La participación de los países de Europa, del Japón y de la República Popular China es esencial. Los de América Latina como los del Tercer Mundo, como todas las naciones en desarrollo, no pueden estar ausentes de ninguna razonable combinación para crear un sistema de seguridad internacional estable y duradero.

Base de este proceso será el aislamiento de los conflictos y su localización. No es tarea fácil pero en la medida en que las superpotencias no se comprometan con hombres en los problemas o las confrontaciones locales, por muy extensas que sean éstas, se evitará el peligro del enfrentamiento directo. Quedaría por determinar si otro tipo de cooperación, en dinero o en armas y equipos militares, pudiera culminar en confrontación abierta.

En el contexto de la seguridad internacional entra hoy el problema básico del desarrollo. Al final de la Segunda Guerra Mundial, la finalidad prioritaria de las Naciones Unidas fue la reconstrucción y el alivio inmediato a los efectos de la destrucción provocada por la guerra. No obstante que las Naciones Unidas deberían, de acuerdo con su Acta fundadora, promover niveles de vida, empleo y condiciones para el progreso social y económico, no estaba, mental ni psicológicamente, preparada la organización internacional para acometer los procesos de desarrollo cada vez más exigentes de los países actuales. Por otra parte, la concepción puramente financiera de la asistencia internacional ha dado lugar a otros aspectos que han puesto de relieve la importancia de materias que evidentemente no estuvieron presentes en el momento en que se redactó y se suscribió la Carta de las Naciones Unidas.

Las complejas cuestiones de la transferencia de tecnología, entre otras, son realmente materias nuevas de alta sensibilidad internacional que se imponen como indispensables para superar conflictos y evitar riesgos. Esto adquiere particular patetismo con la importancia de las empresas transnacionales las cuales han venido desplazando, en los últimos años, gran parte de la fuerza económica aprovechable en el mundo.

La cooperación internacional se sitúa, pues, en un nivel de comprensión y de relaciones cada vez más complejo. La cuestión del desarrollo, en términos globales, supone la concurrencia de los países ricos con los pobres y diferentes sistemas de ayuda internacional que comprenden desde la transferencia de capital por préstamos a intereses moderados o por tratos comerciales especiales o bien la asistencia en términos ventajosos. A esto se ha añadido, en los últimos tiempos, las disposiciones concernientes a la contaminación y a la polución.

Lo que todo esto significa es bien patente: la economía internacional se vuelve economía global y no hay ni puede haber ningún concepto de desarrollo que no envuelva a los países pobres o atrasados. Este acontecimiento singular es el que ha modificado y continuará modificando en los tiempos que vienen las relaciones económicas y políticas internacionales.

Gran parte de las recientes ideas que se debaten en el contexto de la política mundial se refiere a la producción de un tipo de transferencia de recursos que hagan más equilibradas las relaciones entre los ricos y los pobres. Como parte de este hecho nuevo que configura la presencia de los pobres en el escenario internacional sobresale la circunstancia de que los pobres tienen voto y de que toman o pueden tomar determinadas decisiones o, en un momento dado, influir en los resultados de las que tomen las Naciones Unidas y otros organismos internacionales. La cooperación para el desarrollo se ha vuelto también parte de la responsabilidad de cada país. De allí las distintas sugerencias de destinar una porción del Producto Territorial Bruto de cada nación a la asistencia internacional. Venezuela, en este sentido, ha sobrepasado los límites previstos al colocar la relación entre el Producto y la cooperación al nivel del 3%.

La conclusión más evidente de todo esto es que han cambiado las relaciones de poder. Por otro lado, esto supone la administración colectiva de los grandes problemas del mundo a través de las instituciones internacionales. Tarea de los años por venir será la de institucionalizar cada día más esta administración a fin de tratar esos problemas, en lo posible, como hechos

globales, como todos que no pueden dividirse, dispersarse o fraccionarse en la sociedad planetaria que está comenzando. Por eso, podría decirse que está maduro el momento para repensar la arquitectura de las relaciones internacionales. Estamos incluidos dentro de un mundo multipolar, no obstante que las dos superpotencias tienen a su favor la ventaja en el campo nuclear. La idea de interdependencia surge, pues, dentro de una alta complejidad política y económica. Tanto más cuanto que los países no desarrollados no son necesariamente los más pobres. El petróleo y diversos recursos minerales así como otras materias primas producidas por países no desarrollados tienen cada vez mayor valor dentro de la apreciación de la riqueza mundial. La gran cuestión a resolver es si existe o no la suficiente cohesión social y política para soportar un sistema de administración internacional. La confusión en los mercados monetarios revela el efecto de fuerzas económicas incontroladas. La administración del dinero internacional ha hecho progresos muy lentos. Los intereses flexibles, los movimientos de capital a corto término, las inversiones, todo eso tiene una repercusión constante, especialmente, en la sociedad capitalista. Las decisiones sobre la cantidad y precio del dinero son herramientas para controlar la inflación y también tiene consecuencias sobre los niveles de empleo y de inversión. Pero el comercio, las inversiones y la política monetaria no son fines sino instrumentos. Por todo eso, un mundo interdependiente tendrá que buscar firmemente el enlace de todas estas herramientas en un sistema universal suficientemente flexible para coordinar las políticas nacionales y no frustrar las ambiciones que cada país pueda tener para realizar o ejecutar determinadas metas internas.

La estructura del orden internacional basado sobre el equilibrio nacido de la Segunda Guerra Mundial consideró exclusivamente el interés de los países industriales. Toda la teoría y la praxis del comercio internacional estuvieron basadas sobre esta relación de privilegio. La crisis de la energía de los últimos años ha revalorizado no sólo la importancia de un producto en particular sino también la interrelación de la economía internacional. Tal vez la lección más importante recibida por la sociedad industrial desde su aparición. Ha mostrado la limitación de los recursos, su valor, la necesidad de su utilización racional, así como el valor inapreciable de las disposiciones encaminadas al aprovechamiento equilibrado de las posibilidades de la naturaleza. Esta circunstancia tiene su repercusión esencial en la importancia que hoy se le concede a la ecología y a la defensa de los recursos naturales. El uso de las aguas del mar, la preocupación por los océanos, por la pesca, por la conservación de los bosques y por la defensa de las áreas verdes de las ciudades, reflejan un cambio de perspectiva en la posición del hombre

frente a la naturaleza. Cambio de perspectiva que no puede desarrollarse sino en términos globales y planetarios porque ya no se trata sólo de la defensa de un continente o de un océano en particular sino del equilibrio ecológico en su totalidad; porque cualquier acontecimiento o cualquier agresión contra una parte del espacio terrestre tiene su repercusión inevitable en otras áreas del mundo.

Las nuevas relaciones atañen, pues, a la seguridad o sea la vinculación estratégica entre adversarios; la administración de la economía internacional entre los países altamente desarrollados y su conexión con los países menos desarrollados; la administración de los recursos naturales y un sistema de consultas flexible que pueda facilitar la comprensión y el ajuste entre estos criterios y puntos de vista.

Cuando se habla de naciones en desarrollo es preciso tener cuidado de no identificar esta noción con la de pequeñez geográfica. Hay “pequeñas naciones” que tienen importancia económica y que no pueden calificarse de “pobres”. Cuando se habla de países es importante situar la noción geográfica en su significación específica. Puede incluso darse el caso de una nación de mediano desarrollo industrial que mediante su influencia política exterior o su capacidad tecnológica compense parte de su debilidad intrínseca.

Este contexto de relaciones nos conduce a enfrentar la cuestión de la sustancia del orden internacional. En el pasado el sistema internacional se limitaba a la utilización de fuerzas diplomáticas o militares que eran manejadas exclusivamente por los Estados. Pero ahora se han producido factores nuevos que desarrollan presiones y situaciones que obligan a plantear el problema de un modo distinto al tradicional.

Los caracteres dominantes del sistema internacional se han modificado hasta el punto de que lo que se llamaba antes el “equilibrio de poder” ha sufrido y continúa registrando mutaciones que hubiesen sido imposibles al final de la Primera Guerra Mundial. La sola contemplación de las dimensiones del sistema internacional actual es un hecho impresionante. Virtualmente el sistema internacional coincide con los límites del planeta y la naturaleza de relaciones que proyecta adquiere una configuración global. Y no puede desconocerse que la globalidad se proyecta inclusive en el espacio exterior, lo cual adquirirá mayor complejidad política en la medida en que continúen desarrollándose las técnicas de la navegación espacial.

La época de la denominación europea, expresada básicamente a través del sistema colonial, está definitivamente cancelada. La etapa posterior a la

Segunda Guerra, dominada exclusivamente por la relación bipolar de las dos superpotencias, está siendo sustituida por un balance cada vez más variado y complejo en el cual entran como actores y como factores las naciones en desarrollo y la diversidad de países que componen el Tercer Mundo. Un nuevo orden internacional supone hoy, además de cambios mentales y políticos, una transferencia de funciones y la unificación de normas y de criterios que le proporcionen en el plano institucional la globalidad que ha adquirido por sus dimensiones planetarias.

El espacio del sistema internacional ha crecido y por primera vez en la historia del mundo es un espacio único, lo cual significa que el sistema ha de ser también único y total.

La base dialéctica de la interdependencia de las naciones parte del hecho de que toda crisis que se produzca en un lugar cualquiera del espacio repercute de modo directo tanto en el sub-estrato político como en el sub-estrato económico y extiende su influencia sobre todas las relaciones posibles de la vida internacional. No se trata ahora sólo de los efectos políticos que pueda tener una guerra o una revolución o cualquier accidente de esta naturaleza. El asunto es más complejo: la reproducción de los efectos puede ser originada por hechos básicamente extrapolíticos como son, una devaluación monetaria, una tasa de importaciones o el alza de un producto o materia prima. Hay una imbricación magnética en el tejido de las relaciones internacionales.

La unidad clásica del Estado Nacional no es hoy el título exclusivo de las relaciones políticas y económicas. Los factores de dominación desarrollados por las empresas transnacionales desbordan el esquema tradicional de vinculaciones y limitan la acción de los Gobiernos. Los Estados continúan teniendo vigencia; pero, cada vez más, sus decisiones internas se ven vinculadas a las que tienen que tomarse en el ámbito de las relaciones intergubernamentales y en los demás organismos supranacionales que se han venido multiplicando después de la Segunda Guerra Mundial. La solidaridad tiende a institucionalizarse con el propósito de enfrentar problemas o de formular posibles soluciones. La solidaridad internacional se alimenta de exigencias y de riesgos comunes. Las condiciones materiales y políticas rodean esta vinculación.

Los efectos de la interdependencia se extienden por encima de los canales institucionalizados del sistema internacional. La crisis energética y la inflación producen consecuencias políticas. La inflación, que ha sido producida por desequilibrios del sistema económico internacional y por las aventuras

políticas y militares de los últimos treinta años, ha tenido repercusiones en diversas direcciones. Una huelga o una protesta ocurrida en un país industrializado puede tener su lejano origen en algún distante factor causado por alguno de estos componentes.

La política militar, con la producción de armamentos indiscriminados y crecientes, en gran parte diseñada en los años de la "guerra fría", a expensas del equilibrio económico, deberá revisarse a fin de establecer una relación equilibrada entre el Producto Territorial Bruto de cada país y sus gastos en armamentos.

Tal cuadro político ha conducido a un aislamiento progresivo de los conflictos y de las confrontaciones. Dentro de este ambiente histórico se ha formado la idea de interdependencia. Ha sido reconocida inclusive por voceros oficiales de las grandes potencias, como un hecho y no como una escogencia. Lo cual quiere decir, en otros términos, que la interdependencia de las naciones tiende a comportarse como un acontecimiento histórico, extraño, por lo tanto, a la simple voluntad de los participantes. Sin duda, que la lección más oportuna para mostrar los rasgos actuales de la interdependencia es la crisis energética. Esta, pedagógica y oportunamente, ha destacado que es posible que la economía de las grandes sociedades industriales pueda interferirse por decisiones tomadas en lugares distantes y en diversos núcleos de voluntad política.

La interdependencia es contemporánea de la crisis energética. Pero también de la revalorización de las materias primas y de la importancia cada vez más significativa de los países productores de bienes primarios, sin los cuales la sociedad industrial avanzada no puede mantener su equilibrio.

La idea de que la interdependencia no es opcional sino necesaria podría conducir a una revaluación y a un reexamen del orden económico y político internacional. Pero es posible que no todas las alusiones a la interdependencia expresen exactamente la misma significación. La interdependencia como concepto puede ser una idea equívoca y ahora es el momento más oportuno para analizar su significación y su alcance.

Tal vez la manera más ingenua de situarse frente al concepto de interdependencia sería declarar de un modo enfático que ésta no puede ser un nuevo modo de dependencia. Parecería innecesario, en orden a la dialéctica más estricta y exigente, hacer este tipo de deslinde. Pero es importante señalar que si se quiere extraer provecho, alcance y significación de la idea no puede convertirse en eufemismo ni tampoco en uno de esos términos, llenos de

velocidad y de circulación que terminan convirtiéndose en "slogans" internacionales y que, como monedas desgastadas, acaban perdiendo su valor, su peso y su significación.

Independencia y dependencia, antes que términos económicos o políticos, son puntos básicos de autoafirmación psicológica. Las economías industriales, por autosuficientes que hayan llegado a ser, dependen de hechos psicológicos imponderables. La sociedad de consumo ha producido muchas dependencias. No por casualidad el desarrollo coincide algunas veces con todo tipo de subordinación psicológica a determinados modelos de consumo. Podría decirse, en palabras más amplias, que la idea que predominó en los años ascendentes del conflicto de Viet Nam era que una economía industrial avanzada, con toda la capacidad de apoyo y la fuerza logística de los más modernos métodos de guerra, podría imponerse sobre comunidades agrícolas y sobre modelos y esquemas de comportamientos más elementales. Pero la autenticidad de un modelo de sociedad no industrial ofreció una superficie de resistencia hasta ese momento desconocida. La guerra de Viet Nam demostró, entre otras cosas, que una sociedad agrícola, en la segunda mitad del siglo XX, podía enfrentarse, mediante estrategia propia, a los más avanzados procedimientos y las más sofisticadas doctrinas y prácticas de la guerra. Esto podría significar que la guerra local, en términos actuales, no puede basarse en los patrones contemporáneos de la sociedad de consumo porque lo que puede ser necesario para una sociedad industrial avanzada, puede no tener ninguna significación ni implicación psicológica para una sociedad agrícola. Es prematuro todavía hacer un análisis sobre el significado y la proyección histórica de todo el conflicto vietnamita. Pero queda pendiente, intacto y lleno de promesas conceptuales, el análisis de esta confrontación, el cual podrá ofrecer luces nuevas para entender los procesos económicos y políticos del futuro.

Cabría separar la idea de interdependencia de cualquier carga programática. La interdependencia no es un programa ni una solución. Es un hecho y, por lo tanto un marco de relación. Lo que interesaría, tanto para las naciones industriales como para los países en desarrollo, es estudiar y proyectar, en términos históricos y estratégicos, lo que podría constituir este marco de relaciones.

Por un lado los grandes países han mostrado, especialmente después de la crisis energética y de las deficiencias en la producción de materias primas y de productos agrícolas, su vulnerabilidad en cuanto a la economía de naciones más pequeñas o de menor grado de desenvolvimiento histórico.

Por el otro lado, los países petroleros que generan un elemento indispensable de la sociedad industrial, son a su vez dependientes de otros recursos. Lo que ocurre con el petróleo se proyecta en otras áreas del comportamiento económico internacional. La inflación, los desequilibrios monetarios, las subordinaciones tecnológicas, han creado un tejido inseguro, fluido y dramático, con contradicciones que no pueden resolverse ni en términos unívocos ni tampoco en el de las simplificaciones conceptuales. El desbalance de la población mundial, por el cual un poco más de un cuarto por ciento de los pobladores del planeta generan más del ochenta por ciento del producto y del comercio mundial y son tenedores de un poco más de las tres cuartas partes de las reservas monetarias existentes, revela toda una situación. Prevalece en la economía actual un tipo de relación que lejos de crear o de favorecer los intercambios equilibrados, los perjudica y los desfavorece. Los países en desarrollo, cualquiera que sea la fuerza, el valor y el nivel de sus materias primas, no conocen sino la dependencia. Este es uno de los motivos por los cuales entre ellos se ha establecido un puente natural de coincidencia para definir las relaciones que puedan traducirse en ese esquema de conducta y de acción que se denomina el “nuevo orden económico internacional”. En el fondo la idea de un nuevo sistema trata de introducir un elemento de justicia, de equidad y de igualdad que hagan posible, en términos éticos, la interdependencia y la cooperación.

En una época el Derecho Internacional buscaba crear un marco de relaciones a la conducta de los países y al impulso de los Gobiernos. En el siglo XVIII el Derecho Internacional no era más que un modelo posible de conducta, como el Derecho Constitucional era también un esquema de aspiraciones colectivas de las sociedades en el orden interno de los Estados. El derecho del ciudadano, como la igualdad y la justicia entre las naciones, fueron, en su origen, aspiraciones programáticas, fundamentos conceptuales y metas psicológicas. El orden económico al cual aspiran hoy las naciones en desarrollo no es más, en el fondo, que una aspiración a la dignidad de su producción y a la integridad y a la continuidad de sus economías nacionales. La identidad de estos propósitos puede lograrse a través de muchas vías. Una experiencia de incalculable proyección es la de la Organización de Países Exportadores de Petróleo, la que, entre otros méritos, ha mostrado un nuevo rostro a las relaciones internacionales. La OPEP, como experiencia histórica es, sin duda, un esquema posible de coincidencia y de cooperación, capaz de influir en otras áreas del comportamiento económico y político.

Por otro lado, la idea de la solidaridad mundial no es una referencia puramente sentimental e ideológica. El financiamiento del desarrollo de los

países del Tercer Mundo, la asistencia internacional y unas reglas honestas, decorosas y aceptables para la circulación de la tecnología, constituyen elementos nuevos sin los cuales no puede haber equilibrio mundial. La cooperación económica con los países en desarrollo no es una especie de cruzada de socorro internacional sino una necesidad de la armonía política y de la salud interna de las naciones industriales. El nuevo espacio, global y planetario, dentro del cual se desarrollan los vínculos entre las naciones, obliga a una distribución de los beneficios en términos también globales y planetarios.

La interdependencia de las naciones conduce igualmente no sólo a una política de cooperación en términos financieros y tecnológicos, sino a más audaces exigencias entre las cuales no puede ocultarse la importancia de una programación mundial de la población, de las corrientes migratorias y del desarrollo humano en su conjunto. Tal vez sea prematuro insinuar ahora posibilidades de comportamiento frente a estas exigencias. Pero sí puede decirse que no se establecerá una sana interdependencia entre las naciones sin una proporción demográfica planetaria y sin una política también planetaria para definir la orientación de la población mundial.

Las relaciones surgidas en los últimos años modifican los balances tradicionales. Como antes dijimos, en el siglo XIX éste se obtenía del entendimiento y del compromiso entre los grandes poderes. Es preciso repetir una vez más que eso ahora no basta. Pero para países como Venezuela la pregunta es ésta: ¿Es posible un orden interdependiente? La respuesta conlleva una alusión al papel de los países pequeños, de las naciones en desarrollo, de las sociedades pobres y atrasadas. ¿Son realmente parte y factores de un equilibrio de poder? La crisis energética y la anarquía en los precios de las materias primas, así como los desarreglos monetarios y el ritmo de la inflación han producido un contexto del cual hoy no puede prescindirse. El llamado diálogo Norte-Sur no es más que la aceptación de este contexto. Los países pobres pagan más por las manufacturas y por la tecnología de las naciones desarrolladas. Las materias primas y los recursos naturales cada día han venido valiendo menos. Este ha sido el tratamiento que se ha dado tradicionalmente a las naciones en desarrollo. Las relaciones de dominación y su consecuencia orgánica, la subordinación, han favorecido la idea de que los productos industriales, por ser el valor incorporado por la civilización técnica, tienen un precio superior a las materias primas. Pero también, en los últimos años, se ha desarrollado la convicción de que los recursos del planeta no son ilimitados y es necesario aplicarles algunas reglas de conducta que ni los degrade ni los despilfarre. Por otro lado,

el uso de la energía ha valorizado los recursos naturales. La técnica del despilfarro y del derroche, que ha sido hasta ahora una norma invariable de la sociedad industrial, debe detenerse. Si algún valor pedagógico y aleccionador tiene la crisis de la energía es haber enseñado, no sólo la finitud de los recursos sino también la necesidad de emplearlos y aprovecharlos racional y equilibradamente.

Esta lección y esta experiencia pedagógica hacen posible hoy la discusión de un contexto de relaciones que forman la sustancia del diálogo entre el Norte y el Sur, entendiéndose por el Norte los países industriales y por el Sur toda la variedad de sociedades pre-industriales o agrarias que no han alcanzado el nivel mínimo de crecimiento técnico y económico que las proyecte sobre los sistemas mundiales de producción y de aprovechamiento de la riqueza.

Teóricamente es, pues, posible, un orden interdependiente. Es más todavía, como ya he dicho: la interdependencia es un hecho, no una escogencia. Es un conjunto de relaciones que bien utilizadas y racionalmente dirigidas, podría conducir a un nuevo sistema internacional más justo, no sólo en su proyección moral y humana, sino también en su eficiencia creadora.

Por otro lado, los países pequeños pueden ser actores. En el caso de Venezuela tendríamos que pensar que ni sus dimensiones físicas ni sus características la proyectan a ser una potencia mundial. Es preciso reconocer esto con el coraje intelectual suficiente para deducir de este hecho conclusiones saludables. La visión humboldtiana que se extendió por el mundo en el siglo XIX nos hizo pensar a las naciones latinoamericanas que teníamos vastos recursos ilimitados. Sobre Venezuela creció una leyenda según la cual éramos un gran país. Es necesario disponerse a tiempo a aceptar la idea de que podemos y debemos ser una pequeña nación organizada e influyente, importante por su inteligencia política, por su capacidad intelectual, científica y tecnológica y por la utilización racional de sus recursos. Podemos programar una sociedad eficiente, lo cual, aplicado al sistema internacional, podría derivarse en una influencia constante y creciente en los asuntos exteriores. Una nación pequeña, capaz de aprovechar sus recursos internos y externos y de desarrollar amistades en todas las áreas de las vinculaciones internacionales, estructurada en su sistema interno sobre bases de progreso social efectivo, sería capaz de producir para sus ciudadanos un promedio de felicidad y de bienestar colectivo que es, en definitiva, la única medida aceptable y racional para examinar el equilibrio y la eficiencia de la sociedad.

La tercera pregunta que surge de la idea de interdependencia es si la acción colectiva de las naciones tiende a paralizarse o a desarrollarse. En el trigésimo aniversario de las Naciones Unidas muchas reflexiones se han hecho sobre la ineficiencia del orden internacional actual. No cabe duda de que existen no pocas limitaciones en cuanto a la acción del sistema. Pero no cabe duda, también, de que a pesar de estas circunstancias las Naciones Unidas han logrado durante treinta años no sólo estabilizarse como un foro mundial de discusión abierta sino, además, sobrevivir. Haber sobrevivido es ya de por sí un título suficiente para señalar la validez del orden mundial que las Naciones Unidas aspiran a expresar.

Durante treinta años no han sido escasos los riesgos que han comprometido la autoridad moral y la influencia psicológica de las Naciones Unidas. Este hecho habla por sí solo y sería innecesario agregar nada a la consistencia y la importancia de este acontecimiento.

No obstante, si los organismos internacionales que dependen de las Naciones Unidas no actualizan sus metas, sus programas y procedimientos, podría conducir a una parálisis de la acción colectiva. Dentro de los organismos internacionales se han desarrollado en los últimos años nuevas solidaridades. El Grupo de los 77 y todo el contexto estratégico denominado Tercer Mundo, revelan el crecimiento de enlaces que hubiesen sido impredecibles hace treinta años. La influencia de los pequeños y de los pobres, en el foro planetario de las Naciones Unidas es un hecho histórico.

Si es posible un orden interdependiente y si es válida la influencia de los países pequeños, y si es necesaria y también posible la acción colectiva, se debe al hecho de que es perfectamente viable la construcción de un nuevo orden internacional. Ha cambiado el comportamiento y el número de los actores y se ha modificado su influencia. Todo esto tiene sus repercusiones en el campo de la Teoría y de la Ciencia Política. Hoy, para cualquier país moderno, la política extranjera y la política interior forman parte de un mismo cuadro de relaciones históricas. La política extranjera no es más que la óptica y la conciencia que una nación tiene de su posición en el mundo. En el campo de la Teoría Política la unidad de acción de este comportamiento puede conducir a una unidad de métodos de investigación y a la eliminación de la concepción, hasta ahora prevaleciente, de la especificidad de las relaciones internacionales, las cuales han venido siendo entendidas como un marco aparte, separado, relativamente autónomo de la política general de los Estados.

No obstante el valor que ha adquirido lo supranacional y lo transnacional, el Estado Nacional tal como se ha presentado históricamente, tiene un papel que ejercer y una influencia que desarrollar. El nacionalismo de las naciones débiles es una fuerza de identificación y de solidaridad. Y si por un lado es válida y necesaria la interconexión global de los factores y de los acontecimientos, no es menos importante la intensidad y el celo con que cada sociedad exprese su motivación, su interés y su presencia. Para los países en desarrollo, una renuncia prematura al nacionalismo, podría constituir un suicidio histórico. Las corrientes que universalizan son importantes y fundamentales. Pero los factores que identifican y cohesionan son la sustentación de cualquier impulso hacia la globalidad y hacia la concepción planetaria del mundo.

Señores académicos, señoras y señores:

Estas son las reflexiones que quiero traer en mi primer día de académico. He pretendido aludir con ellas a un problema viviente, actual, exigente en el orden de la teoría y de la praxis, y ante el cual debemos como nación adoptar un comportamiento, una respuesta y una estrategia.

En lo que queda del siglo, Venezuela, como cualquier otro país, ha de definir su política en términos estratégicos. No es más que definir nuestra posición y nuestra conducta ante el mundo.